

de esos que necesitan que se les metan por los ojos las reglas del bien decir, ni mucho menos escritor á quien convenga aplicar las burlas de la sátira, digo que esos versos y otros muchos desmerecen del conjunto del poema; que no por ser corto y de modesta apariencia deja de hacerse acreedor á la atención de la crítica.

Pero ¿por qué no emprende su autor trabajo de más aliento? No digo poema de mayores dimensiones, si éstas no le convienen, sino colección de poesías líricas, cortas ó largas, con algún lazo de unión entre sí, con una idea común; en fin, como los hacen fueran de España los poetas (1).

De todo corazón aseguro al autor de *Blanca* que él es de los pocos que deben seguir escribiendo poesía lírica castellana... aunque no siempre que se lo pidan.

(1) Al publicarse este artículo ya tenemos una colección de poesías de nuestro autor. Todavía no la conozco.



ALARCÓN

No abundan tanto los buenos escritores en España, que podamos impunemente cometer la ingratitud de olvidar en pocos años á los que, habiendo figurado no há mucho entre los principales, ahora callan ó reducen toda su actividad literaria á publicar ediciones nuevas y primorosas de sus *Obras completas*, como quien se despide del mundo amargo.

Puede el *noticierismo literario*, que es á la literatura lo que el caballo de Atila era á la hierba; puede esa plaga de la civilización prescindir de nuestras glorias ciertas, porque no son novedades, y poner en los cuernos de la luna á cualquier caballero amigo de la prensa, que quiere darse el gustazo de ser *genio* por una semana en la sección de noticias, y que ofrece en cambio al benévolo gacetillero el atractivo de un nombre inédito, la virginidad de una fama que en ocho días ha de yacer marchita.

Pero no puede hacer otro tanto, porque tiene más vergüenza, la crítica seria, aunque no sea académica, ni sabía, pero que es honrada y de conciencia estrecha en eso de dar á cada uno lo suyo. Seguir al vulgo es más fácil y más cómodo que contradecirle y hacerle ver sus errores, sus injusticias, sus imperdonables olvidos, sus absurdos entusiasmos.

Hace pocos años D. Pedro Antonio Alarcón era uno de los escritores de moda; y la gacetilla, siempre cortesana del buen éxito, tributaba al autor de *El Escándalo* elogios hiperbólicos aun antes de que saliesen á luz los libros del notable novelista. Vino el naturalismo, ó lo que sea, amostazóse Alarcón, dejó de publicar novelas, y en poco tiempo parece que pasó sobre él todo el polvo de un siglo; y los críticos improvisados, aves de paso que hoy son jueces literarios y mañana serán escribientes, diputados, ministros, cualquier cosa, menos artistas, no cuentan ya con el autor de *La Alpujarra* para nada, y en los recuentos de novelistas con que ilustran sus artículos casi nunca le nombran, ó le posponen á gente desconocida, pero más moderna, más de su tiempo.

El Sr. Alarcón, haciendo pagar á justos por pecadores, en el prólogo de sus *Obras completas*, que fué muy leído en su día, arremete contra todos nosotros, y á éste quiero á éste no quiero, aplica palo de ciego á cuantos críticos y novelistas encuentra por delante; y como nunca fué lo más robusto en Alarcón la filosofía,

sienta pasmosas teorías de una estética que sólo se salva de vulgar por lo disparatada, y alude, con malicia poco filosófica también, á ilustres rivales que ningún mal le han hecho; pues todas las glorias literarias caben en la fama, como todo los astros, con ser tal vez infinitos, caben en el cielo.

Mal hizo el Sr. Alarcón en publicar semejante prólogo; pero más daño hacen los que le desdeñan y olvidan por *idealista* ó por reaccionario.

Que hay algo generalmente antipático en el señor Alarcón como literato, es indudable; pero que es uno de nuestros mejores novelistas, es evidente.

Así como existe el tipo del progresista ridículo, tenemos el del reaccionario repulsivo. Si en aquel hacer un fanatismo cómico, por el contraste de la ignorancia con el ideal proclamado sin ser comprendido, en el retrógrado vulgar disgusta la falta de fe que se adivina debajo de las calurosas defensas de creencias que sólo son respetables en almas grandes ó en almas inocentes.

El Sr. Alarcón ha demostrado, siempre que ha querido decirnos cómo piensa, fuera de sus novelas, que sus ideas son vulgares, que su espíritu no está educado en las grandes meditaciones ni en los sentimientos hondos, y, en fin, que es algo así como un *morisco*, á la manera del que nos pinta Cervantes en la última parte de *El Quijote*, en aquel vecino de Sancho que respondía de la fe de su familia, pero no de la propia. Si alguna vez nos inclinamos por la elocuencia de

algún párrafo á creer en la sinceridad religiosa de Alarcón, lo más que vemos en él es un idólatra, un pagano, no de la clase de aquellos grandes paganos del Renacimiento, sino como lo era y aún lo es el pueblo.

Pero en cambio de estos y otros muchos *inconvenientes* de la personalidad literaria de Alarcón, tenemos en sus libros invención rica, original, fresca, amenidad, gracia, pasión, interés, fuerza, vida; y en el estilo, si no corrección, ni ciencia, ni mucho arte, soltura, espontaneidad y variedad agradables.

No es Alarcón, ni podrá ser nunca, un novelista de primer orden (llamando de primer orden nada más que á los del primero); mas si á tanto no llega, porque son pocos los que suben tan arriba, alcanza sobradamente á la región de la *gloria perpetua*, que también la hay para los que, sin descubrir continentes ni horizontes de ideas, ni géneros de arte, ni nada de eso, son capaces de escribir aménísimas fábulas, ocasión de sentir y soñar, de presenciar con la fantasía sucesos verosímiles, pero no ordinarios en nuestra vida sosa y reglamentada. Alarcón tiene lo que falta á casi todos los que escriben ahora aquí novelas: el arte de saber inventar argumentos interesantes, de hacer hablar á las pasiones su lenguaje propio y de encontrar las misteriosas perspectivas del interés. Si por otros conceptos no, por éstos merece seguir figurando al lado de nuestros mejores novelistas.

Escriba, pues, sin miedo. Esa conspiración del si-

lencio de que se queja, ni es tan poderosa ni tan general como él piensa, ni debe arredrar á un artista verdadero que ha de trabajar con un propósito algo menos pueril que el de verse objeto de artículos y gacetas.

No se diga que el arte es un martirio; pero sí que puede llegar á serlo y que muy á menudo es un *purgatorio correccional*. Alarcón debe á su patria todas esas fábulas que dice que le bullen en el cerebro; y si no todas, aquellas que están más cerca de la vida, más próximas á la punta de la pluma.

Y si tanto le importa el éxito, y no se contenta con las satisfacciones de la conciencia, con el placer de escribir, repare que aún tiene amigos que le defiendan, y adversarios, no enemigos, que le hagan cumplida justicia y le estudien y le comprendan, y le llamen á voces por la mucha falta que está haciendo, aunque sólo fuera en calidad de contraste. Sí; escriba Alarcón, para que vean ciertos naturalistas, más ó menos convictos y confesos, de segundo y tercer orden, que hay algo más, como lo hubo siempre, que la imitación de los franceses, y que la soporífera observación superficial y pueril, exacta á veces, pero casi siempre insignificante.—Aparezcan, para bien de nuestras letras, que no son naturalistas ni idealistas, sino españolas, aparezcan nuevas novelas de Alarcón al lado de las que vayan publicando Galdós y Pereda... y Valera, si fuese tan amable...

Pero el tal embajador merece capítulo aparte.



VALERA

SIEMPRE es ocasión de pensar en tan ilustre literato, pues sus obras son ya de una actualidad constante, si no para los esclavos del *efectismo* periódico, para los que siguen oyendo al ingenio hasta cuando calla; pero hoy el mismo autor de *Pepita Jiménez* nos ofrece motivo singular para hablar de él, porque acaba de dar á la estampa la segunda edición de sus poesías en la primorosa y elegante biblioteca que el Sr. Catalina publica con el título general de *Colección de Escritores Castellanos*, en la cual también figuran algunos *griegos*.

No es mi propósito ahora examinar los versos de Valera, ni estudiar despacio lo que pueden representar en nuestra lírica contemporánea; de esta materia trataré más adelante, porque van muchos artículos seguidos consagrados á la poesía y me están esperando varios libros en prosa. Hoy hablo de Valera en el mismo concepto en que hablaba hace poco de Alarcón; y si algo llego á decir de esta nueva colección de ver-

sos, será incidentalmente; y á lo sumo, por lo que nos revela el prólogo del pensamiento actual del autor, y los versos del carácter del literato.

Hace años que Valera no publica libros nuevos, sino que se contenta con reimprimir los ya celebrados por el público y por la crítica, y otros que no alcanzaron tanta fama. Valera, como Campoamor y algunos otros, ha sido un literato que, además de florecer en la juventud, *floreció* al acercarse á la vejez; tuvo dos cosechas como los higos, la de San Juan y la de San Miguel, la del verano y la del otoño. El público ha estudiado mucho más el otoño de Valera que su primavera y su estío. Valera, sin dejar de estar agradecido, no se conforma con la opinión del público, que encuentra, por lo menos, inexacta. El cree que los higos de San Juan (y siento que la fruta simbólica no sea más poética) valen tanto como los de San Miguel. Para probarlo se vale del crédito literario que su segunda cosecha le dió, y expende las frutas de la primera con la misma marca de fábrica, en igual forma, en cajones que tienen idénticas tapas.

La mayor parte de los escritores suelen preferir á todos su último libro; Valera parece que no; y aunque no llega á mirar con desdén su *Pepita Jiménez*, como llegó á mirar Flaubert su *Madame Bovary (ce bouquin)*, piensa que muchos de sus versos y algunas de sus prosas menos conocidas valen tanto como los quebraderos de cabeza de Bargas y de su amada viudita.

Yo, si tuviera por fuerza que escoger entre las dos épocas de Valera, me quedaría sin vacilar con los frutos de la *Otoñada*; pero si me dejan, con todo ello me quedo. Opino que Valera siempre fué Valera, que su juventud brillante anuncia su madurez gloriosa y es digna de ella, y parte de una vida de progreso bella por lo armónica.

Esa *música* de la vida, esa composición armónica de la propia existencia, ese cuidado constante y firme del propio adelanto ideal, de que tanto se habló con motivo de Goethe, también puede estudiarse en Valera. El cual es uno de los españoles *mejor educados*, en el más alto sentido de la palabra.

Se observa en los libros de este autor, y aun en su conversación y en sus discursos, ese egoísmo saludable y legítimo que consiste en consagrar una gran atención al propio destino y al buen vivir de las facultades del alma; egoísmo que no tiene nada de repulsivo, pues en él dedicamos á nuestro propio individuo atenciones y esmeros que no es posible que dediquemos á los demás.

Hay género de caridad que no podemos ejercitar sino en nosotros mismos; por ejemplo, el de ser buenos, tener siempre recta intención, guiar hacia la luz constantemente nuestra inteligencia. A los demás podemos ayudarlos en esta esfera hasta cierto punto, pero poco; más han de hacerlo ellos por sí, y nosotros por nosotros. Goethe, aspirando á cierto género de perfec-

ción espiritual, no tenía á su disposición más que un ejemplar de hombre á quien pudiera aplicar todos los exquisitos cuidados de su gusto y de su cultura: este hombre era Wolfgang Goethe. Este egoísmo legítimo, que engendró grandes cosas, fué el mismo con que atendió Roma á su grandeza. Según Jhering, la supremacía romana nace de esta inspiración: del egoísmo nacional.

Valera, atendiendo mucho á sí mismo en este concepto, ha llegado á ser nuestro primer literato. Estudiando sus facultades y aptitudes, guiándolas por donde quería su naturaleza que fueran guiadas, tomando de la civilización todo el alimento que una gran cultura le permitía asimilarse, ha sabido hacer de un solo hombre un crítico excelente, un erudito notable, un novelista singular, un poeta culto, un diplomático experto, un hombre de mundo muy agradable, un *conversacionista* sin igual en España, y otras muchas cosas buenas que sin duda á mí se me olvidan en este momento.

El ser un hombre de grande y armoniosa cultura, es en todas partes una ventaja; pero en España es un mérito supremo para un literato, pues, con pocas excepciones, los más claros ingenios españoles de ahora son ignorantes en grado inverosímil; y aun los que se salvan de esta bochornosa nota, adolecen del defecto, poco menos reprensible, de ser limitadísimos y exclusivistas en sus conocimientos; y por un Echegaray que sabe física y entiende de métrica, se encuentran doce

académicos que definan el rayo y el pararrayos como Ruiz Gómez.

Estas cosas tristes no se saben *à priori*; la metafísica no nos da luces para ver que los escritores españoles de ahora saben poco; esto se aprende tratándoles con alguna intimidad y con frecuencia.

Pues Valera es una de las pocas excepciones, y de las más notables. Y eso que él se queja en el prólogo de sus poesías de lo poco que sabe y de no haber inventado nada. En estas quejas hay un poco de coquetería, su algo de sinceridad y su mucho de trazas para llegar á la conclusión de que él es poeta, y nada más que poeta.

A pesar de lo mucho que se le ha alabado, este escritor insigne todavía tiene créditos contra la fama. La cual es de muy singular naturaleza en sus juicios. Hay escritores que valen mucho y tienen toda la nombradía que merecen; Tamayo, por ejemplo. A pesar de que hace tantos años que no escribe, sus laureles no se marchitan. Sus amigos, y sobre todo los enemigos de otros literatos, se encargan de sacar al sol las verdes coronas de Tamayo para que las dé el aire y no se apolillen. Ayala, que valía tanto, tenía, antes de escribir *Consuelo*, más renombre que merecía en cuanto dramático; después de *Consuelo* tiene todo el que merece... pero le falta un poco del que se ha ganado como lírico con pocas, pero excelentes obras. Valera, que en

cuanto crítico y en cuanto estilista no se puede quejar de la admiración del público, puede decir con razón que como novelista, á pesar del gran éxito de *Pepita Jiménez*, vale más de lo que piensan muchos. En *Las ilusiones del Doctor Faustino* hay un género de gracia que no se había visto después del *Quijote*, y el público no la ha notado; hay allí también cierta profundidad psicológica que iguala al autor con los grandes observadores artistas e extranjeros y le colocan sobre todos los de España. ¿Sí? Pues como si no hubiera nada de eso. Una crítica superficial y un vulgo distraído y sin iniciativa en el juicio, han decretado y sancionado que «Las Ilusiones» era una caída. Ni más ni menos que la *Educación sentimental* de Flaubert fué una caída para la crítica francesa de entonces, y hoy es una novela de las más importantes de las contemporáneas.

Valera, además, ha escrito opúsculos artísticos que no por su poca materia dejan de ser admirables joyas. *Asclepigenia* es un diálogo humorístico digno de Luciano y de Renán, con más cierta especialísima sal que Renán no tiene.

Y, por último, en las poesías de nuestro D. Juan hay mucho que saborear, mucho que sentir, mucho que aprender.

Eso de que Valera no es poeta, se dice muy pronto.

Ante todo, es poeta en el sentido de ser primoroso mago de la palabra, que sabe decir por modo perfecto lo que ve con clara imaginación, lo que siente con

fuerza y lo que piensa con originalidad y grandeza. Poeta es el escritor de *Paralipómenos* y de la excursión á la Nava (*Nava* inmortal de que ya muchos ni se acuerdan). Pero además Valera es poeta en el sentido de versificador pulcro, hábil, fino de oído y ligero de mano. Y como tal tiene una nota singular que le da mérito único en España: la del cosmopolitismo poético. Hablando hace tiempo en artículo que, si mal no recuerdo, consta en algún libro, de las poesías de Menéndez Pelayo, tuve ocasión de explicar por qué y en qué concepto yo apreciaba mucho los versos de este ilustre escritor castellano.

Aunque mi opinión de entonces me valió excomuniones de muchos acólitos y hostiarios de la crítica, insisto en ella y le aplico ahora á D. Juan Valera. Si los versos de M. Pelayo merecen aprecio porque nos conservan nuestra hermosa flor poética del Renacimiento y recuerdan á Garcilaso, á Rioja, á Herrera, á Arquijo, á los Argensolas y al magnífico Góngora y á tantos otros, los versos de Valera son un eco de la poesía extranjera, de la literatura universal, y nos ofrecen flores de Rusia, de la India, de América, de Alemania, de Italia, de Inglaterra...: son un ramillete que representa en nuestro Parnaso contemporáneo lo que en las poesías de Goethe las comprendidas en el título *Aus fremden sprachen* y otras. Pero, como Goethe también, Valera no sólo traduce, sino que se impregna de ese cosmopolitismo poético; y merced á su ciencia, á su gran

cultura, se traslada con la imaginación á países lejanos, siente como los poetas de civilización muy diferente de la suya, y comprende á un Valmiki, á un Ferdusi, á un Hafiz, como á Byron, ó Shelley ó Leopardi, tal vez mejor; porque, verbi gracia, más que al poeta de Recanati, se parece Valera, en espíritu, al escéptico persa, á Mohammed Hafiz, al cantor del vino y del amor, de cuya ortodoxia mahometana no estaban satisfechos sus compatriotas.

Hasta cuando tiene nostalgias místicas se acerca más Valera á los orientales que á los serios y tristes poetas del Norte, ó á nuestros místicos á lo Eurípides, enemigos de la mujer. Valera sería más bien místico, si á ello se decidiese, á la manera de Abu-Said el asceta, que decía: «El amor es un lazo que nos tiende el Señor. Dios nos caza con las redes del amor. Si me encuentro junto á ti, amada mía, desprecio la suerte de los ángeles: que no me lleven sin ti al Paraíso, que será para mí estrecho...»

Valera repite, siempre que tiene ocasión, que él no es literato de oficio, que vive de otra cosa, que tiene otra carrera. Se parece en esto á Stendhal, diplomático algún día, como nuestro autor, aunque en jerarquía inferior, y como él cosmopolita, y hombre de mundo ante todo.

Y yendo más lejos, Valera se parece á nuestros Quevedos y Hurtados de Mendoza y Garcilasos, que corrían el mundo, estudiaban la vida en las cortes extranjerías,

amaban en varios idiomas, y manejaban las armas ó la política de altas esferas, llegando después al trato de la musa con este ambiente fresco del ancho mundo pegado al cuerpo, ricos de experiencia y de emociones, *poéticos* además de poetas.

Es, en fin, Valera, literato como lo eran aquellos astros mayores de la rica poesía inglesa del Renacimiento, caballerescos, arrogantes, activos, emprendedores, ávidos de sentir la vida en todas sus formas pintorescas, y valientes, como el conde de Sievrey, como Philip Sidney, como el inmortal autor de *La Reina de las Hadas*, Spencer.

Este espíritu, este aroma del Renacimiento, que ciertos retoños bárbaros quieren disipar, va muriendo poco á poco en España, casi puede darse por muerto, y los pocos, rarísimos escritores que lo conservan como pueden, merecen ser alentados en tan noble propósito. Pero si con sus versos cosmopolitas, de un cosmopolitismo expansivo, amable y casi risueño, no triste como el romántico de ayer y el pesimista de hoy, si con sus versos, digo, puede hacer mucho Valera para refrescar nuestra vida literaria, para abrir ventanas á todos los vientos de la idea, á todos los sanos influjos... más puede hacer con su prosa, que es su mejor poesía, escribiendo de crítica ahora otra vez, aquí en casa, y publicando nuevas novelas también; todo lo idealistas que quiera, todo lo *personales* que se le antoje, todo lo humorísticas que le convenga. Píntenos en buen hora cien

mujeres, cien frailes, cien toreros, que en el fondo no sean más que otros tantos Valeras. ¿Qué importa? Mejor. Novelistas que nos muestren á los ciudadanos que andan por ahí, ya los tenemos; novelistas que nos pinten el alma de D. Juan Fresco, sólo hay uno: D. Juan Valera.

—Sí, D. Juan, usted es poeta, ¿es claro!...

Pero también es novelista. Yo creo firmemente en el poema simbólico del Corregidor perpetuo de Villabermeja, aunque no llegó á concluirlo, ni siquiera á mediarlo...; pero también creo y espero en la musa que cantó en prosa la natural idolatría antropomórfica de *Pepita Jiménez* y la tarde de *La Nava*.



LAS REVOLUCIONES

CANTO

No tema el lector; ni soy yo quien canta, ni me propongo echar á la calle á los míos, ni sublevar á nadie. No soy conspirador. Jamás he empleado un ochavo en un sargento. Se trata de un poema del Sr. D. Cándido Ruiz Martínez, pundonoroso militar, según tengo entendido.

El Sr. Ruiz me dispensará; pero tales poetas y prosistas se van usando, que yo, cada vez que un autor desconocido me envía un librito para que diga mi opinión, si me parece que debo decirla, siento vivos deseos de preguntarle, como hace la justicia con los testigos:

—¿Ha sido usted procesado alguna vez?

Y si no eso precisamente, algo por el estilo; como por ejemplo:

—¿Tiene usted malas pulgas? ¿No tolera usted bromas? ¿Permite usted, sin ponerse furioso, que le digan